

Julio Camba

Mis páginas mejores

Edición de Francisco Fuster

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	13
¿Por qué Julio Camba?	15
Fondo y forma: la crónica	19
El oficio de corresponsal	25
Los libros de viaje	32
Gastronomía y política	41
El declive de posguerra	49
La antología definitiva	55
ESTA EDICIÓN	61
BIBLIOGRAFÍA	63
MIS PÁGINAS MEJORES	69
Sentido de esta antología	71
EN EL PUEBLO NATAL	73
Los curas de aldea	77
La diligencia	80
La escuela rural	83
UNA OJEADA AL MUNDO	87
Ingleses	91
Cómo comen los ingleses	93
La bonita y la fea	96
Cuando se acabe el carbón	99

El discurso de Orbaneja	101
La acción de los poetas: el virus corrosivo	104
Sueño de una noche de verano	107
El sol en Londres	110
El <i>pudding</i> de las Navidades	112
La indiferencia inglesa	114
Toque de corneta	117
Franceses	119
Sobre la cama	121
El arte de la cocina	124
Escuelas de españolismo	127
El bulevar	129
Alemanes	133
El doctor Faltz	135
Yo no soy alemán	138
En la casa de <i>Frau</i> Grube	140
Las ciudades españolas	143
Los <i>senores</i> extranjeros	146
El país de la cerveza	148
El clima de Múnich	150
La levita de <i>Herr Direktor</i>	152
La calvicie alemana	154
El pueblo alemán	156
Suizos	159
En Suiza no hay suizos	161
El inteligente en Mont-Blanc	163
El turista inglés	166
El turista alemán	169
El turista yanqui	171
El turista francés	174
Yanquis	177
La ciudad teoría	179
El anhelo artístico	181
Cantidad	184
Toda América, Montecarlo	187
Los Estados Engomados	190

El <i>self-made-man</i>	193
Psicología de las catástrofes	195
El periodismo americano	198
Una peluquería americana	201
¡Fuego!	204
La democracia en el <i>restaurant</i>	207
Antropología intensiva	210
Más negros	213
Judíos	215
Un hotel	218
Madrid y el ácido úrico	221
Los rascacielos en la ciudad baja	224
El <i>Chrysler building</i>	227
Trajes en serie	231
Humor en serie	234
Crímenes en serie	237
Narices en serie	240
Italianos	243
La democracia milanesa	245
<i>Lingua italiana</i>	247
La levadura de Nápoles	249
Filosofía napolitana del robo al turista	252
Nápoles y Pompeya	255
Florencia y los florentinos	257
Portugueses	261
Las filosofías del Tajo	263
<i>Abre a boquinha</i>	265
Coimbra	267
Buarcos	269
AÑOS DESPUÉS	271
De Inglaterra	275
El alcohol moralmente considerado	277
La eterna infancia	279
La odiosa inteligencia	281
Del loro y la langosta	283

De Alemania	285
La sangre y la bencina	287
¡Viva la desorganización!	290
Puig y Pagés, propietario de un volcán	292
<i>Herr Müller</i>	295
La grasa, producto del pensamiento alemán	298
ESPAÑA REENCONTRADA	301
Psicología crematística	305
El tiempo y el espacio	308
La juerga heroica	311
Literatura patológica	313
Los políticos	315
El acento	317
Grandes hombres	319
El Camino de Santiago	322
UN POCO DE GASTRONOMÍA	325
La cocina inglesa	327
El buey	331
La sardina	336
La guía hipocrática	340
LA REPÚBLICA	343
El tren de Villagarcía	345
El Estado, central hidroeléctrica	349
El individualismo estatal	352
Papús y la revolución social	355
El café y la revolución	358
El divorcio	361
La libertad de cultos	365
La secularización de los cementerios	367
PEQUEÑOS ENSAYOS	371
Sobre el <i>pensaor</i>	373
Sobre los desafíos	375
Sobre las pompas fúnebres	377
Sobre los mausoleos	379
Sobre la Justicia	381
Sobre el arte rupestre	383

Sobre el sabotaje periodístico	385
Sobre la pereza	387
Sobre los verdugos	389
Sobre Terpsícore y Polimnia	391
Sobre las <i>des</i> parasitarias	393
Sobre la fe y la Medicina	395
Sobre las casas de Banca	397
Las barbas en el siglo XII	399
Gotosos y bronconeumónicos	401
Los guantes de Tutankamen	403
La bohemia	405
Mi amigo García	407
ÚLTIMOS ARTÍCULOS	411
Un cumpleaños	415
El adjetivo	418
Gimnasia de lata	421

INTRODUCCION

¿POR QUÉ JULIO CAMBA?

Las razones por las que la obra de Julio Camba (Vilanova de Arousa, 1884-Madrid, 1962) no ocupa el lugar que merece en la historia de la literatura española son fáciles de enumerar, pero muy difíciles de subsanar. La primera es que la crítica suele organizar a los autores de la llamada «Edad de plata» (1900-1936) en torno a tres conocidas generaciones: la del 98, la del 14 y la del 27. Los escritores que, por diferentes motivos, quedan fuera de esa clasificación, parten, de entrada, con una desventaja. Si a eso unimos que algunos de ellos no cultivaron los grandes géneros —novela, teatro y poesía— que conforman el canon, lo normal es que sus nombres hayan ingresado en un purgatorio del que, salvo honrosas excepciones, resulta casi imposible redimirse.

En este sentido, César González-Ruano ya explicó que la hoja de periódico es, siempre, un arma de doble filo. Posee una enorme ventaja con respecto al libro, si solo pensamos en el corto plazo, pero adolece de un gran inconveniente asociado, precisamente, a su naturaleza efímera:

Contribuyen, mejor que tal vez ningún otro género, los artículos a divulgar el nombre del escritor y sirven, cuando este tiene ya ese nombre adquirido y a condición de ser un trabajador metódico y constante, para vivir mejor y con más seguridad que el libro, pero llevan en el tuétano de su sistema una rara maldición que se cumple a la larga: el ol-

vido que alcanza hasta al propio y más celebrado cronista, si este no deja, por otro lado, una labor literaria en volúmenes.

Teniendo en cuenta que apenas reunió en forma de libro una cuarta parte de su producción periodística, nos encontramos, pues, con otro problema, al que podemos añadir la mala suerte que tuvo con las editoriales que eligió. Así como el éxito de Azorín o Josep Pla no se entiende sin la labor de hemeroteca realizada por Ángel Cruz Rueda o Josep Vergés, editores de sus respectivas «Obras completas», la postergación de Camba se comprende, fácilmente, al ver el pésimo criterio con que se publicaron la mayor parte de sus trabajos. Desde la mala calidad del papel con que fueron editados, hasta la discutible selección de los textos antologados, pasando por lo desafortunado de la mayoría de los títulos. Más que por sus libros, nuestro protagonista es conocido a su pesar, pues todo confluía en ellos para que, una vez leídos, fuesen rápidamente olvidados.

También juega en contra el celo que puso en no desvelar ningún aspecto de su intimidad, así como el nulo interés que mostró por perpetuar su obra. No existe un archivo personal suyo, porque él mismo se encargó de que no existiera: no hay manuscritos, cartas, contratos con editores, ni nada relacionado con su vida profesional. Llama la atención, igualmente, que alguien que escribió desde epicentros de la modernidad como París, Londres, Berlín o Nueva York, no haya dejado un rastro más visible en los archivos de los periódicos para los que trabajó, aunque su caso no sea el único. Como denunció en su momento Augusto Assía, esta ausencia de datos evidencia la falta de interés que la figura del corresponsal ha despertado en nuestro país:

la indiferencia que las empresas muestran con respecto a la experiencia, los conocimientos y los contactos que sus corresponsales hayan podido adquirir en el extranjero va per-

fectamente con la corriente nacional y es otra manifestación del despego de lo español por cuanto viene del extranjero y en cierto modo una reconfortante prueba de tibetanismo¹.

Ocurre, así mismo, con Camba, lo que suele suceder con quienes destacan por algún motivo: que allí donde el reconocimiento debería ser más unánime es, justamente, donde generan mayor división de opiniones. No digo que no sea profeta en su tierra porque, si en algún lugar se le ha querido y se le quiere, es en Galicia. Lo que pongo de manifiesto es que, al haber sido un escritor nómada, que pasó buena parte de su vida viajando, no sintió hacia su pequeña patria ese amor incondicional que sí profesaron quienes, por haber vivido más tiempo en ella, hicieron del apego al terruño una bandera. Desde esta perspectiva, se entiende que ese distanciamiento y —¿por qué no decirlo?— el hecho de haber escrito toda su obra en castellano, choquen con algún sector minoritario de la sociedad gallega.

Last but not least, quien ojee los actuales planes de estudio de las universidades españolas puede comprobar que, normalmente, en estos se tiende a privilegiar la formación de los periodistas en cuestiones más relacionadas con el formato digital que con el analógico; más con el contenido audiovisual que con el escrito. Sin que de una cosa se derive, necesariamente, la otra, presumo que esta mirada hacia el futuro del oficio, comprensible en un mundo globalizado e informatizado, impide el aprendizaje de su pasado, por lo que muchos graduados en Periodismo obtienen el título sin conocer —o conociendo muy superficialmente— la original aportación cambiana a la historia de la prensa española.

¹ Augusto Assía [Felipe Fernández Armesto], «Los corresponsales en el extranjero», en Nicolás González Ruiz (dir.), *Enciclopedia del periodismo*, Barcelona-Madrid, Editorial Noguer, 1966 [1953], pág. 370.